

IRENE ADLER

SHERLOCK LUPIN Y YO

El ENIGMA de la COBRA REAL

LONDRES

1871



DESTINO

Irene Adler

El enigma de la Cobra Real

Ilustraciones de
Iacopo Bruno



DESTINO

Todos los nombres, personajes y detalles relacionados con este libro, copyright de Atlantyca Dreamfarm s.r.l., son propiedad exclusiva de Atlantyca S.p.A. tanto en su versión original como las traducciones o adaptaciones de los mismos. Todos los derechos reservados.

Título original: *Lenigma del Cobra Reale*

© de la traducción: Miguel García, 2015

DESTINO INFANTIL & JUVENIL, 2015

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© 2014 Atlantyca Dreamfarm s.r.l., Italia

© 2015 de la edición en lengua española: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Un proyecto de Pierdomenico Baccalario

Una historia de Alessandro Gatti a partir de la correspondencia de Irene Adler

Proyecto y realización editorial: Atlantyca Dreamfarm S.r.l.

Diseño gráfico: Iacopo Bruno

Edición original publicada por Edizioni Piemme, S.p.A.

Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A., via Leopardi 8 – 20123 Milán, Italia

– foreignrights@atlantyca.it / www.atlantyca.com

Primera edición: octubre de 2015

ISBN: 978-84-08-14646-9

Depósito legal: B. 20.812-2015

Fotocomposición: Aura Digit

Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. Para más información contactar a Atlantyca S.p.A. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



NOVIEMBRE



Uno de los secretos que más celosamente custodian los ingleses es que no es cierto que en su tierra llueva tanto. Les divierte sobremanera que los continentales, y más aún esas almas ingenuas de americanos, los imaginen fustigados por una lluvia incesante, ateridos en sus abrigos y al resguardo de sus frágiles paraguas.

El Londres que veía yo desde hacía ya una semana,



EL ENIGMA DE LA COBRA REAL

por el contrario, estaba bendecido por un sol luminoso que definía aún más cada detalle de mi triste regreso. No creo que exista en todo el año un mes más melancólico que noviembre, ni peor época para estar triste que esos días en que el otoño declina justo antes del invierno, las hojas no cesan de caer y la tierra húmeda exhala un frío profundo que parece impregnado de muerte.

Sin embargo, fue precisamente en noviembre, el día 11, cuando mi padre Leopold y yo resolvimos mudarnos, de una vez por todas y para siempre, dejando atrás nuestra vieja vida parisina para instalarnos en una nueva residencia londinense. Que al final no fue nueva en absoluto: de hecho, nos trasladamos al mismo piso que mi padre había alquilado para nosotros un año antes, durante la guerra, cuando por prudencia habíamos tenido que abandonar nuestra casa de París.

Todavía hoy, al pensar en aquel pequeño detalle, me conmuevo. Leopold, con la desesperada tozudez de un niño, había decidido dejar París porque aquella ciudad significaba para él Geneviève, la adorada mujer que había perdido. No obstante, a la hora de elegir para nosotros dos una vivienda en Londres, el señor Adler se había decidido por aquella casa de Aldford Street que, en los

afortunados colores de las tapicerías y en varios detalles del mobiliario, conservaba la marca de la mujer a la que había amado toda su vida. ¡Cuánta ternura en aquel contraste entre las firmes resoluciones de la voluntad y las vacilaciones desesperadas del corazón!

Geneviève. Aquel nombre seguía aflorando a mis labios, como un enigma irresoluble, en las largas horas que pasaba sola en aquellos días ahora lejanos.

Geneviève, mi madre adoptiva, a la que nunca había comprendido del todo, que nunca me había comprendido a mí del todo y que, sin embargo, no había dudado en ir al encuentro de la muerte para salvarme la vida. Era una confirmación de lo poco capaces que somos de penetrar en el misterio que anida en el alma de las personas, incluso de las que viven con nosotros. Así que ahora debía convivir con aquel recuerdo semejante a una pesadilla: Geneviève interponiéndose con valentía entre un sórdido criminal y yo y pagando con su vida mis imprudencias.

En efecto, no dejaba de pensar que, si aquel ladrón había entrado en nuestra casa, más que de la guerra civil y más que de la pobreza que padecía la capital francesa tras la derrota a manos de los prusianos, la culpa había



EL ENIGMA DE LA COBRA REAL

sido mía. Mía y de esa aversión al aburrimiento que compartía con mis grandes amigos Sherlock Holmes y Arsène Lupin, y que nos empujaba irremediabilmente a buscar la excitación de la aventura. Pero he aquí cómo al final había aprendido el precio que hay que pagar, en lágrimas, cuando se elige dejarse llevar por la pasión del riesgo o, mejor dicho, por la ardiente belleza del peligro. Hoy puedo afirmar con certeza que no se trataba de un simple capricho, sino de la manifestación de mi naturaleza más profunda, que empezaba a mostrarse ante mí. No obstante, en aquellos días no sentí que una pesada sombra había venido a posarse sobre la extraordinaria vida que llevábamos mis amigos y yo desde hacía unos meses. Una vida que hasta aquel momento yo había imaginado como iluminada por la misma luz que inundaba las playas blancas de Saint-Malo, el lugar en el que nos habíamos conocido y donde habíamos jurado que siempre seríamos amigos.

Así que, cuando retornamos a aquella casa londinense, suspendida entre el pasado y el presente, y el señor Horace Nelson, nuestro mayordomo, abrió las ventanas, fue como si la hubiéramos dejado pocos días antes. Porque en ella flotaba todavía el recuerdo de mi

madre. De mi madre, sí, puesto que, a fin de cuentas, había ejercido de verdad como tal durante toda mi vida, día tras día, desde luego más de cuanto lo había hecho mi verdadera madre, Alexandra Sophie von Klemmitz. Sophie me había dado la vida. Geneviève me había protegido de la muerte. Pero, en aquel mes de noviembre, ambas me parecían sepultadas bajo un estrato impenetrable. Y estaba segura, ingenua de mí, de que allí permanecerían.

Sin embargo, tendría que haber comprendido que no sería así ya desde mis primeros pasos por aquellas estancias elegantemente amuebladas, bajo lámparas venecianas, entre divanes acolchados de estilo Sheraton, sobre alfombras que algún mercader turco o armenio habría transportado en barco hasta los muelles de Londres; tal vez fuera un pensamiento extraño, pero me parecía que nuestra casa londinense tenía dentro algo de ambas mujeres: el sufriente paso de una y la ausencia total de la otra.

O quizá, sencillamente, la realidad fuera que, a pesar de todos mis esfuerzos, de mi nuevo peinado (con mi cabello pelirrojo cortísimo, casi como el de un chico), de mis resoluciones y de las palabras de mi padre, iba



EL ENIGMA DE LA COBRA REAL

a serme del todo imposible alejarme del pasado y recomenzar como si no hubiera ocurrido nada. También mis sueños parecían querer decirme lo mismo. Recuerdo, de hecho, lo que soñé la noche de nuestra llegada a Londres: paseaba por el campo leyendo un libro y, antes de concluirlo, al pasar por un estrecho puente de piedra, el libro se me caía a un canal. En el sueño, seguía caminando por aquel puentecito y me asomaba para mirar el libro, que había quedado abierto en el fondo, sin que el agua lo deshiciera ni la corriente lo arrastrara, y yo deseaba desesperadamente poder leer aún las palabras desvaídas por el agua. Al despertarme, no pude dejar de pensar que aquel libro no era sino mi historia y la de Geneviève, que se me había escapado de las manos para siempre.

Así era como me sentía. E intentaba que no se notara. Sabía que mi padre sufría tanto como yo, o quizá mucho más, porque él había querido a Geneviève mucho más que yo. Y había sido llevados también por su amor por lo que me habían adoptado. Mi padre sabía que mi madre tenía los pulmones delicados y que el aire

contaminado de Londres había empeorado su salud. Pero jamás había imaginado que pudiera morir así, de repente, y en circunstancias tan violentas. Había encajado el golpe intentando prodigarme la misma ternura que yo le prodigaba a él: haciéndome creer que lo había superado y que, en resumidas cuentas, las cosas podrían arreglarse, que lo harían, desde luego no aquel invierno (sólo pensar en las Navidades próximas nos resultaba insoportable a ambos), sino tal vez, con algo de suerte, la primavera siguiente. No sé a cuáles de sus negocios había puesto fin, qué fabricas de hierro había vendido ni qué líneas ferroviarias había abandonado a su destino con tal de poder cambiar de vida y cortar con su pasado, y no me lo dijo nunca. Pero yo lo veía abatido y lo espiaba cuando él creía que no lo miraba, y lo encontraba llorando o aletado con la espuma de afeitar ya extendida por la cara, mirándose en el espejo, como si de pronto le fuera imposible creer que Geneviève no estaba a su lado. Cada uno servíamos de muleta al otro. Pero era como si quien se sostuviera entre nuestras dos muletas fuera un fantasma.



EL ENIGMA DE LA COBRA REAL

Como decía, se habría dicho que el vituperado clima londinense abarcara también nuestro estado de ánimo y se desviviera por proporcionarnos un poco de consuelo con inusuales días de sol y viento moderado en los que pequeñas nubes blancas e inofensivas huían veloces sobre el telón azul del cielo. Yo permanecía largo rato asomada a la ventana contemplando las calles de tierra que se llenaban de vendedores y de carruajes, con los árboles del parque del fondo a un lado y las blancas fachadas de las casas al otro. Una vez vi a un grupito de deshollinadores andando en equilibrio sobre los tejados del edificio de enfrente y proferí un grito de sorpresa. Ellos me vieron, me saludaron y se lucieron para mí en una serie de temerarias acrobacias.

—¡No, no, por favor! —chillé yo, preocupada porque pudieran hacerse daño o se precipitaran a la calle.

Pero ellos rieron, levantaron sus largas escobas negras y tendieron hacia mí un sombrero. Yo les hice seña de que esperaran, me metí corriendo en casa en busca de un chelín y, cuando lo encontré, se lo tiré. Y al ver que un chiquillo de rostro oscuro y ojos brillantes lo atrapaba, me sentí mejor.

En aquellos días, que sólo puedo recordar como un periodo de convalecencia, me aferraba frecuentemente a lo que había empezado a llamar «mi plan». Es decir, el plan para convertirme en quien realmente quería ser y que estaba compuesto por una larga lista de puntos anotados escrupulosamente en un cuaderno de tapas azules, el mismo color, me doy cuenta ahora, que el del frasco del perfume predilecto de Geneviève. Aquel cuaderno, como era inevitable que ocurriese, quedó inacabado, y gran parte de sus páginas, en blanco, pero por entonces lo hojeaba con satisfacción. Entre los puntos principales que había señalado (justo debajo del referido a la reanudación de los estudios regulares con un nuevo preceptor) estaba mi decisión de continuar las clases de canto con la señorita Langtry, mujer quizá un tanto rígida pero excelente profesora.

Me tranquilizaba la idea de poder sumergirme de nuevo en la música, apartando cualquier pensamiento para concentrarme sólo en mi voz. Claro está que entonces no podía ni adivinar que vicisitudes muy distintas reclamarían pronto mi atención y que —como ya había sucedido otras veces— el irresistible reclamo de la aventura me empujaría a aplazar mi vuelta al canto.